

## LAS TENDENCIAS MONARQUICAS EN ITALIA

Es más bien reciente la aparición en Italia de un movimiento monárquico coincidente con la instauración del régimen republicano, acaecida en 1946. Si pensamos que en una sociedad tradicional la Monarquía, la patria, la religión, son valores que no pertenecen a una clase social o a una ideología, sino que están universalmente aceptados, resulta fácil comprender por qué los monárquicos se organizan tan tarde en relación con los demás componentes políticos. Antes sólo cabía la oposición al Rey o al Papa después de haber rechazado el principio de autoridad, lo cual iba a originar la crisis de los regímenes monárquicos.

### a) EL REFERÉNDUM INSTITUCIONAL DE 1946

Cuando en febrero de 1944 el gobierno del Reino se trasladó a Salerno, los Aliados decidieron aplazar hasta el final de la guerra la cuestión de la forma institucional, tratando así de conciliar los puntos de vista de la Corona y de las fuerzas políticas, con la doble finalidad de concentrar todos los esfuerzos en la lucha contra Alemania y de hacer aprobar, sucesivamente, el *Diktat* a un Gobierno legítimo. La solución de compromiso —dado que las fuerzas del C. L. N. no querían al viejo Rey Víctor Manuel III— se halló en el nombramiento de Humberto de Saboya como lugarteniente general del Rey (5 de junio de 1944, 10 de mayo de 1946). En realidad, el compromiso sólo fue aparente porque los Aliados favorecieron directa o indirectamente a los componentes republicanos. En la línea de los principios existían dos motivos válidos que podrían justificar esta actitud: Hay que tener en cuenta, sobre todo, que la víspera del referéndum la República aparecía como la vencedora más probable y el realismo político de los Aliados lo tuvo en cuenta, y después —como muchos representantes antimonárquicos afirmaron en comicios y en declaraciones públicas— una República habría aceptado sin grandes dificultades cualquier tratado de paz.

Lo cierto es que, aunque Italia estuvo regida por la Monarquía hasta 1946, los republicanos ya habían tomado de hecho, en 1944, las riendas del Poder.

En efecto, mientras la solución de la lugartenencia —que debería asegurar la «regua institucional»— acabó por paralizar la acción del Príncipe Hum-

berto, el Comité de Liberación Nacional, reforzado por las filas de los exiliados, introdujo a los elementos republicanos en todos los niveles del aparato estatal. «El clima político era republicano. El Gobierno era republicano. El ministro del Interior (Romita) hacía comicios republicanos... Republicanos eran, en gran medida, los nuevos personajes y los nuevos grupos políticos salidos de la Resistencia que dominaban en las provincias» (1). Declaraciones similares hizo sucesivamente el almirante Ellery W. Stone, presidente de la Comisión Aliada de Control en Roma: «No se puede negar que el Gobierno, al que correspondía preparar las votaciones, estaba formado en su mayoría por elementos republicanos y que de los componentes del Gabinete el más brillante era el ministro del Interior Romita» (2).

El 9 de mayo de 1946, a sólo veintitrés días del referéndum, abdica Víctor Manuel III y sube al Trono de Italia el Rey Humberto II.

El clima de intimidación y de violencia que presidió la totalidad de la campaña del referéndum institucional, quedó registrado en la prensa de la época y en las pruebas aportadas por numerosos estudiosos del tema. «En toda la Emilia y la Toscana no se convocaron comicios monárquicos porque cualquier orador que se hubiese atrevido a pronunciar una palabra en favor del Rey se hubiese expuesto a ser linchado» (3). «Roma vivía días agitados; había gran confusión de lenguas e ideas... En el Norte soplaban aires de revolución» (4). «El ministro del Interior, a causa de su posición en el ámbito del Gobierno (5) y frente al país, fue el mayor responsable de esta situación ilegal. Viene a cuento citar un episodio que pone de relieve el carácter faccioso de la propaganda. Una mañana de mayo de 1946 fueron secuestrados ocho mil opúsculos de propaganda monárquica en una imprenta romana de la Vía Cicerone. La tarea fue llevada a cabo por algunos camiones de la Comisaría General de Policía, por orden del citado ministro, en un gesto típicamente policíaco, esto es, sin ninguna disposición del magistrado» (6). No deja de ser

(1) LUIGI BARZINI: «La verità sul referendum», en *Il Corriere della Sera*, 7 de enero de 1960.

(2) L. ROVERSA y B. CALORO: «Finalmente parlano gli Alleati», en *Tempo Illustrato*, número 29, 16 de julio de 1960, pág. 33.

(3) LUIGI CAVICCHIOLI: *Il referendum che esiliò i Savoia*, Milán, 1953, pág. 20.

(4) ALEXANDER KIRK (encargado de negocios U. S. A. en 1946); *Finalmente parlano gli Alleati*, Op. cit.

(5) El Gobierno de De Gasperi, que se hallaba en el poder durante el referéndum, estaba formado por representantes de todos los partidos republicanos (entre otros los socialcomunistas ocupaban los Ministerios de Asuntos Exteriores, del Interior, de Gracia y Justicia, Hacienda, Trabajo, Agricultura). El único monárquico, el liberal Cattani, estaba en el de Obras Públicas.

(6) ITALICUS: *Storia segreta di un mese di Regno*, Sestante, Roma, 1948, pág. 43.

también significativo que el propio Romita, al admitir la inclusión de miles y miles de partisanos de extrema izquierda en el cuerpo de policía, había afirmado: «... en febrero (1946) se presentó una propuesta de disposición legislativa para reclutar quince mil hombres, entre oficiales y agentes auxiliares elegidos entre los partisanos» (7).

Llegamos así a las votaciones del 2 y 3 de junio, fecha en que Italia todavía se hallaba ocupada por los Aliados, en las que se excluye el derecho al voto a 750.000 electores de Friuli-Venezia Giulia y de la provincia de Bolzano, a 250.000 prisioneros de guerra no repatriados, a los prisioneros políticos y a los depurados, es decir, a un total de 2.226.043 ciudadanos (8).

Durante la jornada del 4 de junio llegaron las primeras cifras: la Monarquía obtuvo el 54 por 100 de los sufragios, a pesar de que todavía tenían que llegar los resultados de muchísimas secciones de la Italia meridional (9). El Ministerio del Interior interrumpió la difusión de los resultados electorales desde las veintidós horas hasta la mañana del 5 de junio; después, de repente, y en contra de toda lógica, estalló la bomba: ¡Ha vencido la República! El 10 de junio, a las dieciocho horas, el Tribunal Supremo, que debía proceder a la proclamación de los resultados del referéndum, se reunió en sesión pública con el Parlamento. Lo que debería ser el acto de proclamación oficial de la República se convirtió en una reunión inútil desde el punto de vista jurídico, impuesta por la clase política republicana. «(El Tribunal Supremo n. d. r.) habiendo examinado las actas enviadas por la totalidad de las oficinas de las distintas circunscripciones, certifica que la República y la Monarquía han conseguido, respectivamente, en cada Colegio, los votos que siguen a continuación... Procede a sumar las votaciones conseguidas por republicanos y monárquicos en todos los Colegios y proclama los siguientes resultados del referéndum de acuerdo con lo que atestiguan las propias actas:

*República.*—Total de votos N. 12.672.767.

*Monarquía.*—Total de votos N. 10.688.905.

(7) GIUSEPPE ROMITA: *Dalla monarchia alla repubblica*, Nistri Lischi, Pisa, 1959, página 43.

(8) Instituto Central de Estadística. Notas ilustrativas y documentos sobre las elecciones a diputados por la Constituyente y sobre el referéndum institucional de 2 de junio de 1946, Roma, 1948.

(9) Los resultados «oficiales» confirmaron el neto predominio monárquico en el Centro-Sur. A título de ejemplo, presentamos algunos datos: Colegio XXIII, Nápoles-Caserta: Monarquía, 902.700; República, 241.778. Colegio XXIX, Catania-Mesina-Siracusa-Enna: Monarquía, 707.520, República, 329.035. Colegio XXVI, Lecce-Brindisi-Taranto: Monarquía, 449.299; República, 148.872.

«El Tribunal, de acuerdo con el artículo 19 del Decreto legislativo de la lugartenencia de 23 de abril de 1946, número 216, emitirá en otra sesión el juicio definitivo sobre impugnaciones, protestas y reclamaciones (10) que se presenten en las oficinas centrales de las circunscripciones o ante el propio Tribunal...»

A pesar de la referencia expresa del Tribunal Supremo a la necesidad de un juicio posterior y definitivo sobre los resultados del referéndum, el Gobierno no quiso perder tiempo ni correr riesgos. La noche del 11 de junio, el Consejo de Ministros dicta una o. d. g. en la que, entre otras cosas, afirma: «El Consejo confía en el sentido cívico de todos los italianos y apela al país —que en su mayoría ha manifestado ser republicano— para que con su fuerza y con su derecho no se preste a provocaciones de elementos facciosos, en la seguridad de que nadie podrá arrebatarle la victoria...» «El golpe de mano» del Gobierno queda completado con la declaración del 13 de junio, según la cual, «El Consejo de Ministros reafirma que la proclamación de los resultados del referéndum... ha llevado automáticamente a la instauración de un régimen transitorio durante el cual el ejercicio de las funciones del propio Jefe de Estado corresponde *ope legis* al presidente del Consejo en funciones, hasta que la Asamblea Constituyente nombre al Jefe Provisional del Estado.»

Ante el dilema de reaccionar a los abusos, dando comienzo a una segunda guerra civil —porque está claro que los monárquicos tenían los medios y los hombres para hacerlo— o de seguir la vía del exilio, el Rey no duda. «Mi Casa —dirá a sus colaboradores— ha unido Italia, yendo a Nápoles (11) la dividiría.»

---

(10) Los recursos presentados por parte de los monárquicos fueron más de 30.000: Enzo Selvaggi, en nombre del Partido Demócrata Italiano presentó un recurso acerca del problema del *quórum*, que según el Ministerio del Interior debería ser computado teniendo en cuenta el número de votos válidos y no el de electores votantes. En efecto, partiendo de la base de que las papeletas en blanco o nulas fueron 1.059.735, la República no había obtenido la mayoría requerida del 51 por 100. También los liberales, a través del secretario del partido, Cassandro, y del ministro Cattani, presentaron una moción análoga al presidente del Consejo.

(11) Todo el Sur era de lo más fiel al Soberano; sobre todo Nápoles, donde las imponentes manifestaciones populares en favor de la Monarquía eran a duras penas controladas por la policía motorizada de Romita. Recordamos los nombres de los jóvenes que perdieron la vida en aquellos días: Carlo Russo, de catorce años; Gaetano D'Alessandro, de dieciséis años; Michele Pappalardo, de veintidós años; Mario Fioretti, de dieciocho años; Ida Cavalieri, de diecinueve años, aplastada por un carro blindado.

b) LAS FUERZAS POLÍTICAS MONÁRQUICAS

Con anterioridad al referéndum institucional, se habían constituido numerosos grupos políticos que tenían la finalidad de defender la institución monárquica de los ataques del Comité de Liberación Nacional. Aparte de la Unión Monárquica Italiana, asociación con características de superpartido, que desde 1944 hasta nuestros días reúne a los monárquicos de todas las tendencias políticas, y sin contar con el grupo de carácter local aparecido en el Sur, merecen mención el Centro Político Italiano surgido en 1944 como grupo clandestino, y el Partido Demócrata Italiano creado por Enzo Selvaggi: uno de los hombres políticos más preparados del ala monárquica.

En 1946 —aparte de la cuestión institucional— se necesitaba elegir a los diputados de la Constituyente y la única lista propiamente monárquica fue la del Bloque Nacional de la Libertad —nacida de la alianza entre el P. D. I. y la Concentración Nacional Democrática Liberal— que obtuvo 638.000 votos, mientras que la Monarquía había «oficialmente» conseguido 10.700.000.

Esto significa que muchos italianos votaron a favor de la Monarquía en el referéndum y, al mismo tiempo, a favor de los partidos no monárquicos o republicanos en la Constituyente.

A los pocos meses de haber nacido la República, en un pequeño teatro romano se crea el Partido Nacional Monárquico: la más importante expresión del movimiento monárquico italiano. ¿Qué significado podría tener el calificar a un partido en sentido institucional?

«La convicción certera y profundamente arraigada de que la forma institucional monárquica, perfeccionada en el sistema constitucional representativo, es la única que, respetando a fondo todos los principios de una sana y auténtica democracia, permite que la personalidad humana se manifieste plenamente, promueve la libre organización de la colectividad (de la familia a la Nación, de las asociaciones religiosas y de tipo cultural o asistencial a las profesionales y de carácter económico o político) y las armoniza en el marco más amplio y más complejo de la civilización de un pueblo. La Monarquía expresa con su herencia la continuidad histórica del propio pueblo y concilia la tradición del pasado con la realidad del presente y las aspiraciones del porvenir. Deberíamos ser monárquicos sin obedecer a sentimentalismos... La Monarquía hubiera tenido todas las posibilidades de evitar los compromisos chantajistas de los partidos

subversivos, el despilfarro demagógico e infructuoso del dinero del Estado, la alteración de los valores humanos así como del equilibrio entre derecho y deber» (12).

Por consiguiente, la Idea Monárquica constituía un elemento esencial de la acción política del P. N. M.; los otros dos principios básicos, según el programa del partido, eran la Masa y los Medios. La Masa, vista no como conjunto indiferenciado de personas, sino como conjunto de individuos diversos, era considerada o bien como elemento político subjetivo (es decir, como los hombres que potencian la idea) o como elemento político pasivo (la sociedad sobre la cual se quiere actuar). El tercer principio de la acción política, los Medios, se refería al tiempo (a la actividad en función de la dimensión temporal), a los instrumentos financieros (necesidades organizativas y operativas del partido) y al voto (que en el sistema democrático califica la fuerza de la representación política).

En el plano electoral, la consistencia del P. N. M. se hace relevante en el Mediodía:

1946.—En las administrativas de Nápoles obtiene trece consejeros. Poco después sería elegido alcalde el monárquico Bonacore.

1947.—Buenos resultados en las administrativas.

1948.—Con los 800.000 votos conseguidos en las elecciones políticas, el emblema de «Estrella y Corona» (símbolo del P. N. M.) obtiene catorce diputados —equivalentes al 2,6 por 100— y cuatro senadores.

1949.—En Cerdeña, el partido pasa de los 8.000 votos de las políticas a los 66.000 de las administrativas.

Mientras tanto, en el Parlamento, el Partido Monárquico, que desde el punto de vista político constituye una fuerza intermedia entre el Partido Liberal (centro-derecha) y el Movimiento Social (derecha ex-fascista) otorga su confianza al Gobierno de De Gasperi, que consiguió alejar del Gobierno a los socialcomunistas; y en las votaciones de 1948 vota a favor del Pacto Atlántico confirmando su posición filo-occidental en política exterior. En este sentido es oportuno aclarar que la causa monárquica italiana, aparte del P. N. M., disponía de dos «instrumentos» (provistos, además, del *imprimatur* regio): el ministro de la Casa Real y la Unión Monárquica Italiana. Desde 1944 era

(12) Alegato núm. 1 a la circular núm. 1.950 de las Oficinas de la Organización del P. N. M., 10 de julio de 1947, págs. 4-5.

—y todavía lo es— ministro de la Real Casa el marqués Falcone Lucifero: un abogado calabrés de tendencias socialístoides y republicanas convertido en «monárquico circunstancial» a causa del especial momento histórico que vivía Italia.

Es curioso observar que un hombre, que había militado en las organizaciones de izquierda, había sido fichado como «espía del Kremlin» por la radio fascista y combatido por la Corte porque se le consideraba el «caballo de Troya» del C. L. N., se convierte en representante de la «reacción monárquica».

De todos modos, desde comienzos del exilio de Humberto II, Lucifero representó en Italia a la persona del Soberano, manteniendo contactos con la clase dirigente y con los grupos monárquicos y haciendo constantemente sentir —con frecuencia, cuando con motivo de catástrofes naturales, donde todavía no habían llegado las autoridades de la República, había llegado ya la ayuda moral y material del ministro de la Real Casa— la presencia del Rey entre nuestros connacionales.

Los trabajos de la cuarta Asamblea Nacional de la Unión Monárquica Italiana, desarrollados en Roma el 6, 7 y 8 de junio de 1949, nos ofrecen la oportunidad de puntualizar los fines y la consistencia de la asociación.

La U. M. I., como lugar de cita de cuantos, aunque divididos por distintos pensamientos políticos e ideológicos, reconocían la superioridad del sistema monárquico sobre el republicano, tuvo que abordar, en su cuarta sesión los problemas derivados de su carácter de superpartido. En sus ponencias el presidente Capranica y el secretario nacional Siciliani destacaron tres tipos de dificultades.

Ante todo había que afrontar el gran «obstáculo» de un movimiento que no siendo de partido, es decir, no pudiendo defender los intereses de una categoría y de una clase social, no podía disponer de los normales recursos financieros que recibían las fuerzas políticas. En segundo lugar, era necesario adoptar medidas sobre cuestiones de fondo (13) —no sobre hechos políticos circunstanciales— evitando las fisuras entre los distintos componentes de los partidos. En suma, había que aclarar el tipo de relación entre la U. M. I. y el P. N. M., relación que los monárquicos del partido querían que fuese de marcado privilegio, mientras que otros no deseaban que surgiesen discriminaciones en relación con quienes, aunque eran monárquicos, militaban en otros partidos.

En cuanto a la fuerza política del U. M. I., la ponencia del secretario nacional aportó el dato significativo de la inscripción de más de cien diputados

(13) La U. M. I. había dictado en aquel momento una o. d. g. contra las regiones:

(sobre 613) y de cincuenta senadores pertenecientes al P. N. M., a la Democracia Cristiana, al Partido Liberal y al Movimiento Social. La organización de la Unión Monárquica se había desarrollado, sobre todo, en la Italia septentrional, mientras el Sur consideraba más válido llevar a cabo la batalla institucional en el P. N. M. Un último dato deducible de esta Asamblea de 1949 se refiere a la prensa monárquica, que aún careciendo de un diario propio disponía de muchísimos semanarios de difusión regional: *Fronte Est*, de la U. M. I. de Udine; *La Mole*, de Turín, dirigido por el coronel Fedeli; *Bandiera Azzurra*, de Sicilia, dirigido por el honorable Alliata di Monreale; *Realtà Politica*, del embajador Nasalli Rocca, de la Democracia Cristiana; *Rigenerazione Italiana*, de Foggia, etc.

El problema de las relaciones entre la U. M. I. y el P. N. M., planteado durante los trabajos de la Asamblea de la Unión Monárquica, se presentó en términos de marcada hostilidad hacia la decisión adoptada por el partido en enero de 1950, de establecer la «incompatibilidad de inscribirse al mismo tiempo en el P. N. M. y en cualquier otra asociación monárquica». La fase de guerra caliente entre las dos organizaciones —entre el ministro de la Real Casa, Lucifero, y el secretario del P. N. M., Covelli, había una cordial antipatía política y personal— concluye tras algo más de un año con la paz sancionada por el siguiente acta de la sesión:

«El comandante Lauro y el profesor Covelli han transmitido al profesor Paolucci un mensaje del Soberano fechado en "Cascaes, abril de 1951". Todos los presentes (14) han tomado nota de las indicaciones del Soberano y se han declarado unánimemente de acuerdo en relación con ellas, las cuales pueden resumirse de la siguiente manera:

»... 2. La colaboración entre la U. M. I. y el P. N. M. es natural y necesaria, por cuanto son dos instrumentos que animados por una misma Fe persiguen los mismos Fines.

»3) La U. M. I. ve en el P. N. M. el instrumento político más adecuado para los italianos que pretenden militar en la política como monárquicos.●

»4) El P. N. M. ve a la U. M. I. como la asociación política que —por encima de los partidos— promueve y apoya toda iniciativa

---

(14) En la sesión del 18 de abril de 1951 tomaron parte: el profesor Raffaele Paolucci, medalla de oro y presidente de la U. M. I.; el comandante Achille Lauro, presidente del P. N. M.; el profesor Alfredo Covelli, secretario del P. N. M., y el doctor Nino Guglielmi, secretario de la U. M. I.

tendente a la restauración de la Monarquía, personificada por la Dinastía Sabauda, por cuanto recoge e interpreta el sentimiento monárquico de los italianos...»

En las administrativas de 1952, el P. N. M. llegó a un acuerdo electoral con el Movimiento Social —según la nueva ley electoral, el grupo que obtuviese la mayoría relativa ocuparía los dos tercios de los escaños—, consiguiendo las administraciones municipales de Nápoles, Benevento, Avellino, Salerno, Bari, Lecce y Foggia. El partido monárquico se había convertido ya en una gran realidad en constante expansión. No teniendo las limitaciones de otras fuerzas de la derecha —el P. L. I. quedaba circunscrito al ámbito de la burguesía, el M. S. I. se unía nuevamente al fascismo—, el P. N. M. había asumido, sobre todo en el Sur, las características de un movimiento popular como alternativa entre el partido comunista y la Democracia Cristiana. Esta última se atrevió a presentar en sus propias listas —políticas de 1953— a los denominados «Monárquicos Independientes» (15), favoreciendo sucesivamente o provocando, sin más, escisiones en el ámbito monárquico.

Las tentativas de fraccionar una fuerza concurrencial en el plano político y «subversiva» en el institucional, se vieron, sin embargo, favorecidas por la inestabilidad de fondo del movimiento monárquico. No existía una plataforma ideológica común, ni un programa político claro, ni unas directrices precisas del Soberano; además, la presencia de algunas «cabezas carismáticas» hacía difícil la convivencia dentro de un mismo cuerpo e impedía, también, la formación de una clase dirigente monárquica.

Sin entrar en el fondo de la clasificación de las escisiones —de buena fe o artificiosas— resumimos la situación del movimiento monárquico en vísperas de las elecciones políticas de 1953.

El honorable Alliata, que junto a los diputados Leone, Marchesano y Coppa, había salido del P. N. M. en 1951, creando el Frente Nacional Monárquico, dio vida al Frente de Unidad Monárquica, organización con características de superpartido que debería coordinar la acción de todos los grupos y cabezas monárquicas. Se adhirieron a la iniciativa: el Partido Nacionalista Italiano, el Centro Político Italiano, la Asociación Monárquica «Italia Nuova», el grupo «Lazzaroni del Re» y los «Moschettieri del Re», Movimiento Popular Monárquico, el Movimiento Monárquico Italiano y, por supuesto, el E. N. M. Además, se creó una «corporación» de la prensa monárquica que

(15). Cfr. PAOLO SELLA DI MONTELUCE: «Las dimisiones monárquicas y las maniobras democristianas», en *Paese Sera*, 12 de febrero de 1953.

comprendía: *Il Ritorno*, portavoz del F. N. M.; *Alleanza Italiana*, portavoz del C. P. I.; *Nazione Monarchica*, *L'Idea*, etc. (16).

El F. D. U. M. nunca representó un obstáculo político para el P. N. M., al no haber sabido adoptar una organización unitaria —fue siempre un conjunto de grupos locales o incluso unas simples siglas sin consistencia alguna—; sin embargo, ejerció una influencia psicológicamente negativa sobre el electorado. Los grandes éxitos del P. N. M. en las administrativas de 1952 y las no menores desilusiones del F. N. M. (el grupo más consistente del F. D. U. M.) Volvieron a aproximar a ambos partidos. La reunificación tuvo lugar con un apretón de manos intercambiado entre los líderes monárquicos ante la tumba de la Reina Elena, en territorio francés (17). Poco después surgen el Partido Democrático Italiano —por iniciativa de la federación milanese del F. N. M.— y la Democracia Sabauda —que encabeza el semanario *Italia Sabauda*—, pero ambos tuvieron una breve vida. En vísperas de las elecciones de 1953 se produjo una escisión en la Unión Monárquica Italiana. El almirante Marengo, el honorable Geuna y el rector magnífico de la Universidad de Turín crearon la Unión Democrática Monárquica Italiana. Esta nueva asociación se remitía al programa de la Unión «Camillo Cavour», nacida durante la resistencia para preservar la tradición unitaria y *risorgimental* de la Monarquía, y se proponía reunir en un plano de perfecta imparcialidad a los monárquicos demócratas de cualquier tendencia política. «La verdadera Monarquía —dijo el honorable Geuna— es democrática. A nosotros nos interesa su retorno, pero sobre todo cuándo y cómo» (18). A pesar de todo, el P. N. M. se presentó formando un bloque compacto a las elecciones políticas de 1953. Obtuvo cuarenta diputados (frente a 616, equivalente al 6,7 por 100) y dieciséis senadores, y este fue el momento de mayor exaltación del partido monárquico, convertido ya en la primera fuerza de la derecha y en el cuarto partido italiano.

¿Quiénes fueron los parlamentarios elegidos por 1.854.000 monárquicos? La respuesta no deja de ser relevante, si se quiere comprender una de las causas de la sucesiva crisis. Basándose en datos estadísticos completados por el profesor Stefano Somogyi (19) acerca del Parlamento italiano, hemos recabado

(16) Cfr. F. LEONI: *Storia del movimento monarchico*, Roma, 1961.

(17) Italia tiene la primacía de exiliar, además de a los vivos, también a los muertos.

(18) «Ha nacido el primer grupo de monárquicos demócratas», en la *Gaceta del Pueblo*, 29 de abril de 1953. La escisión del U. D. M. I. tuvo escaso relieve.

(19) Cfr. S. SOMOGYI: «Constituyente y diputados, 1946-1958», en AA. VV.: *El Parlamento italiano, 1946-1963*, Nápoles, 1963.

algunos datos significativos para identificar desde el punto de vista sociológico a los parlamentarios monárquicos:

**TABLA I**  
**Nivel de estudios**

	Total de parlamentarios Por 100	Monárquicos Por 100
Licenciados ... ..	6,32	66,1
Doctores ... ..	7,0	13,2
Media Superior... ..	2,1	5,9
Técnica ... ..	5,4	1,5
Elemental ... ..	6,0	1,5

**TABLA II**  
**Regiones de formación de los diputados monárquicos**

	Por 100
Campania ... ..	30,9
Sicilia ... ..	16,2
Lacio ... ..	13,2

**TABLA III**  
**Condiciones profesionales de los diputados**

	Monárquicos Por 100
Industriales ... ..	23,5
Abogados ... ..	20,59
Dirigentes y funcionarios públicos ...	13,2
Propietarios agrícolas ... ..	10,3
Profesores universitarios ... ..	8,8
Carrera política o sindical ... ..	—

TABLA IV

## Cambio de Partido

	Monárquicos Por 100	Democristianos Por 100	TOTAL Por 100
Sí ... ..	24,3	1,5	6,1
Por escisión ... ..	16,2	—	6,9
Por disolución... ..	12,2	0,7	4,8

TABLA V

## De los parlamentarios sobre la disciplina de Partido

DISCIPLINA	Total Por 100	Monárquicos Por 100	Democristianos Por 100	Comunistas Por 100
Excesiva pero inevitable ... ..	15,8	8,6	20,4	4,9
Excesiva y reducible ... ..	24,3	62,8	25,7	2,9
Necesaria tanto como ... ..	55,0	20,0	49,7	86,8
A aumentar ... ..	4,9	8,6	4,2	5,4

De las tablas antes expuestas se desprende (tablas I-III) que los parlamentarios monárquicos en absoluto «restaban importancia» a su propio electorado formado en su mayoría por la clase media y, en el mediodía, por el subproletariado urbano. Pero esta es una constatación válida para cualquier otro partido, siendo, por consiguiente, oportuno subrayar los aspectos más típicos del movimiento monárquico: 1) El 60 por 100 de los parlamentarios monárquicos provenía de tres regiones del Centro-Sur. En el Norte apenas existía este partido. 2) Mientras que el 18,4 por 100 y el 64,6 por 100, respectivamente, de los representantes de los dos máximos partidos italianos, la D. C. y el P. C. I. provenían de la carrera política o sindical, el movimiento monárquico no disponía de una clase política o sindical de tipo profesional. 3) La tabla V, relativa a la disciplina del partido, indica la heterogeneidad del ambiente monárquico: a la componente «individualista» que representaba el 63 por 100 venía a unirse el grupo «centralizador» —superior a cualquier otro partido—, que auguraba una mayor disciplina interna. 4) Falta de estabilidad política (tabla IV) del movimiento monárquico.

El acontecimiento decisivo que dio origen a la crisis de las fuerzas monárquicas se produjo en junio de 1954 (20), cuando el comandante Achille Lauro —alcalde de Nápoles, con un enorme séquito personal— se puso a la cabeza de una facción del P. N. M. y fundó el Partido Monárquico Popular. No resulta fácil establecer cuáles fueron los motivos que impulsaron a Lauro a provocar la fisura del movimiento monárquico. Según algunos, la Democracia Cristiana no fue ajena a la operación —sin embargo, se puso de manifiesto que las sucesivas relaciones entre la Democracia Cristiana y el Partido Monárquico Popular fueron abiertamente hostiles—, según otros, las fuertes personalidades de Covelli y Lauro hacían imposible la coexistencia dentro del mismo partido; en efecto, había grandes contrastes políticos y personales de base entre ellos. El presidente del Partido Monárquico Popular reprochó a Covelli la tentativa de transformar el partido en un conjunto de fidelísimos seguidores, pero él también le acusó de numerosos errores —o que se presumían como tales— en política interior (el aislamiento político consiguiente a la falta de apoyo a los Gobiernos de De Gasperi, Fanfani, Scelba) e internacional (el no a la C. E. D., en contraste con la postura favorable del Rey).

En cuanto a las bases programáticas del Partido Monárquico Popular, podemos referirnos a las declaraciones hechas por su secretario nacional, el senador Alessandro Lessona, con ocasión del Primer Convenio del nuevo partido:

«1) *El Partido Monárquico Popular es democrático y liberal*; pero la verdadera democracia —aun siendo liberal— no puede renunciar ni dispersarse en un parlamentarismo estéril en el que seríamos reincidentes, olvidando la experiencia de 1920-21-22. Estamos a favor de la defensa de la libertad, que para nosotros representa la última etapa de la evolución de lo material a lo espiritual, el producto más claro de la conciencia humana que colabora con Dios en la superación del género humano...

«2) *Nosotros entendemos la vida como concepto espiritual* en sus diversas manifestaciones, y estamos, por lo tanto, firmemente en contra del materialismo y del positivismo —aunque actuemos también en sentido positivo—, considerando al hombre como sujeto activo de la historia y no como pasivo.

«3) *Concebimos al hombre como entidad espiritual* en lucha por construirse una vida digna que esté en consonancia con sus valores éticos.

---

(20) La decisión del 2 de junio, aniversario de la proclamación de la República, fue evidentemente freudiana.

»Instrumento de esta lucha, elemento esencial de nuestro futuro como pueblo, motor de la civilización y del trabajo...

»4) *Nosotros combatimos por la superación de la lucha de clases*, entendida según los cánones tradicionales del materialismo histórico, desde el momento en que la problemática social ha entrado ya en la conciencia de la vida humana.

»Queremos reformar la estructura del Estado, colocando sobre nuevas bases las relaciones entre las distintas categorías de la producción, sustituyendo el odio por la colaboración, la integración y la dependencia recíproca por la lucha, en el marco de un Estado que reconozca jurídicamente a los sindicatos obligatorios y ofrezca a los trabajadores la garantía del arbitraje y de la magistratura del trabajo.

»5) *El principio de la participación de los trabajadores en los beneficios de la Empresa* no es menos revolucionario, sino que se ha convertido en un principio de sana y prudente administración. Nosotros queremos hacerlo eficaz y operativo, reconociendo al trabajador el derecho a los beneficios sobre la producción y no sobre el presupuesto...» (21).

La ruptura entre el Partido Monárquico Popular y el Partido Nacional Monárquico tuvo consecuencias en el plano político interno y en el propio ámbito monárquico.

En el plano político, la confianza en una alternativa institucional se ve conmovida por una fisura que, a los ojos de la opinión pública, pareció injustificada o cuando menos inoportuna, y las administrativas de 1956 —a pesar del estruendoso éxito de Lauro en Nápoles y la victoria del Partido Nacional Monárquico en Lecce— fueron el primer toque de alarma en relación con el hecho de que se había producido un cambio en las tendencias del electorado. En el ámbito monárquico, la radicalización de los contrastes entre el Partido Nacional Monárquico y el Partido Monárquico Popular convenció al ministro de la Real Casa de la oportunidad de separar el destino del único movimiento reconocido por el Soberano —la Unión Monárquica Italiana— del de ambos partidos. Se estipula así, en vísperas de la campaña electoral de 1956, un acuerdo entre la Unión Monárquica y el Partido Liberal, en virtud del cual el Partido Liberal Italiano reconocía plena libertad de acción a su componente monárquica, siempre que la Unión Monárquica Italiana apoyase en las elec-

(21) ALESSANDRO LESSONA: *Relazione sulla politica interna e sull'organizzazione del P. M. P.*, Roma, 1954, págs. 9-10.

ciones a los candidatos liberales que profesasen la fe monárquica (22). Todavía la crisis del Partido Nacional Monárquico y del Partido Monárquico Popular pudo ser contenida dentro de límites aceptables hasta las políticas de 1958. Incluso parecía que el partido de Lauro se hallaba en fase de expansión, bien sea porque consiguió crear un grupo parlamentario de dieciocho unidades, incluso con elementos procedentes de otros partidos, o como consecuencia del éxito obtenido al haber concentrado la derecha en vísperas de las políticas con el Movimiento Nacional Italiano —pequeño grupo separatista del Movimiento Social— del honorable Foschini y con la Unión de Combatientes de Italia del mariscal Messe.

Si bien los resultados de las elecciones de 1958 fueron desastrosos —Partido Monárquico Popular: catorce diputados y cinco senadores; Partido Nacional Monárquico: once diputados y dos senadores— todavía tendrá que transcurrir un año más para la reunificación monárquica. De la fusión de los partidos nació el Partido Democrático Italiano: nombre que evocaba una de las primeras páginas de la batalla institucional y que hubiera debido de abrir nuevas perspectivas al movimiento monárquico. Pero era ya demasiado tarde para contener de golpe una crisis existente desde hacía tiempo.

Además, los intentos de ampliar las perspectivas políticas del partido mediante la desaparición de la cuestión institucional se mostraron veleidosas, puesto que hubiera sido, ante todo, necesario detener las escisiones en el campo monárquico, cosa que no sucedió precisamente por culpa de esta «táctica» que la base no aceptó.

De este modo, la reunificación fracasó pronto en el plano parlamentario —Degli Occhi, Alliata y R. Lucifero no se adhirieron a la nueva organización porque no era abiertamente monárquica; Spadazzi y Romano pasaron, respectivamente, al partido liberal y al socialdemócrata— y posteriormente en el político.

### c) LOS MONÁRQUICOS HOY

Tras una lenta agonía de hombres y de medios, el partido monárquico confirmó en el Congreso Nacional de 1972 la imposibilidad de continuar una batalla política autónoma, y decidió, por consiguiente, unirse —formalmente se habló de «pacto de unidad de acción»— al Movimiento Social Italiano.

Por regla general, se suele considerar a Lauro y/o a Covelli como los

(22) También la Unión Monárquica Italiana y la Acción Católica trataron de llegar a un acuerdo parecido, pero con éxito negativo.

chivos expiatorios del fracaso de la experiencia política monárquica. Una vez que el eco de la polémica y de las diferencias personales se ha visto en parte superado por el transcurso del tiempo, podemos intentar hipótesis más articuladas y motivadas.

1. *La crisis monárquica queda encuadrada en la crisis global del hombre moderno.*—Esta es la causa más profunda que ha atacado al propio principio de la institución monárquica. «En efecto, el declinar de la Monarquía corre parejo, sobre todo, con la aparición del materialismo y con la apatía de la moderna sociedad de masas, con la ida a menos, además, de formas superiores de reconocimiento y sensibilidad. Una verdadera Monarquía podría tener, por lo tanto, una influencia purificadora sobre el clima político nacional, pero, por otra parte, casi se llega a un círculo vicioso, porque para poder volver a ella es imprescindible un cambio de clima, y es posible que ello sólo se produzca si al crecer el actual desorden, al quedar bien patente el carácter absurdo y el desánimo de esto que hoy se ha dado en llamar «el sistema», se llega a un punto de crisis y de ruptura y a la superación positiva del mismo. Entonces, quizá sea posible que una idea superior atraiga, haga presa» (23).

2. *La falta de un "plan de restauración" coordinado por el Soberano.*—Si algún defecto se le ha reconocido al Rey Humberto II es el de haber actuado siempre —y a menudo no haber actuado— con respeto a la más rígida legalidad formal, incluso cuando tenía que tratar con alguien —véase referéndum institucional— no respetaba las reglas del juego.

Pero este es otro problema. Lo que interesa señalar aquí es que aun respetando totalmente el sistema democrático, el Rey habría podido coordinar las distintas expresiones del mundo monárquico (Real Casa, ministro de la Real Casa, Consejo de Senadores del Reino, Unión Monárquica, Partido, Parlamentarios Monárquicos), confiando a cada una de ellas una tarea determinada con vistas a la restauración.

Por el contrario, el mundo monárquico siempre ha vivido en el caos; los principios reales no siempre indiscutibles, las constantes escisiones de los partidos monárquicos, la falta de una palabra clara, de un orden cuando era necesario.

3. *Heterogeneidad ideológica.*—La separación entre movimiento monárquico y país se produjo a medida que se fue atenuando el recurso de un pa-

(23) JULIUS EVOLA: «Monarchia necessaria», en *Il Borghese*, Milán, 24 de octubre de 1968.

sado cada vez más lejano y venían madurando los problemas políticos, económicos y sociales de una nación que había sufrido una guerra. Frente a esta realidad, el movimiento monárquico no supo dar a la causa monárquica —por encima de la retórica nostálgica— un contenido ideológico-político. Ello dio lugar a una separación entre la cuestión monárquica, entendida como hecho puramente institucional, y la posición político-social del partido que oscilaba entre un planteamiento liberal y un planteamiento de extrema derecha.

Las consecuencias de este planteamiento de la «doble vía» han sido, por un lado, que la concepción puramente institucional y, por consiguiente, limitadora de la Monarquía tipo —el Rey ocupando el puesto del Presidente de la República—, ha alejado a masas cada vez más consistentes; por otro, la falta de una caracterización precisa del partido le ha privado a la larga de un espacio político propio. Por otra parte, ¿cómo se podría elaborar un programa que pusiera de acuerdo a fascistas como el senador Lessona y a antifascistas como Sogno, a nacionalistas (Federzoni) y católicos (Ugo Sola - Degli Occhi), a liberales (Lupinacci, De Le Penne) y socialistas (Aldo Salerno)?

4. *Características sociológicas del movimiento monárquico.*—En su *Sociología del partido político* Roberto Michels sintetizó de esta manera la estructura interna de un partido: a) La incompetencia de la masa constituye la base más sólida del poder de los dirigentes. b) La delegación de poderes en favor de la clase dirigente concentra en sus manos los instrumentos para el mantenimiento de sus *status*. c) La ley de la oligarquía es connatural a la *praxis* democrática. A estas consideraciones de fondo deberemos añadir algunas observaciones típicas acerca del movimiento monárquico.

La base monárquica siempre ha tenido un fuerte componente pasional, emotivo e irracional que se ha ido acentuando notablemente a medida que pasan los años, cuando con la división gradual del partido se iba creando una reacción cada vez más violenta contra la situación de marginación, política o no, de la que ella era víctima. Pero como el monárquico no podía utilizar esta fuerza reactiva contra un adversario demasiado fuerte, lo hizo en su propio ámbito.

De aquí el individualismo más exacerbado y la búsqueda de una cabeza carismática. Acerca del carácter individualista no nos parece oportuno añadir nada a la sintética enumeración de las organizaciones de los diarios, de las escisiones y de las diferencias que anteriormente hemos formulado, mientras que sobre el segundo fenómeno podemos observar que:

1. El proceso de identificación líder-padre que se da entre las masas se siente con mayor intensidad entre quienes —como los mo-

nárquicos— modelan cualquier comunidad social tomando como modelo la familia.

2. En el microcosmos monárquico, a cuyo ámbito quedaban relegados por un ambiente externo que les era hostil, existía una estrecha relación de interdependencia entre los líderes y la base. La base veía en el líder a un ser superior que había trastocado con sus dotes excepcionales una realidad que de otro modo hubiera sido inmutable; el líder al apoyar su propio poder en la fidelidad de la masa la adulaba y secundaba en sus sentimientos y humores.

3. La presencia de una cabeza carismática y su relación directa con la base ha impedido que se forme una clase dirigente capacitada y eficiente. Con frecuencia se ha preferido la figura del cortesano mediocre, pero fiel, a las de los individuos mejores pero potencialmente idóneos para hacer sombra al líder.

Desde el punto de vista político, hoy en día la idea monárquica se identifica con la Unión Monárquica Italiana, asociación con características de superpartido reconocida por el Soberano. Resulta difícil decir qué relevancia podrá tener la Unión Monárquica Italiana en la actual situación italiana. Ciertamente es que, a pesar de la grave crisis del sistema republicano, los monárquicos no han sabido, hasta la fecha, formular una alternativa institucional que sea válida. Tampoco parece que la Unión Monárquica sepa liberarse de aquellos elementos negativos —falta de programa, presencia de la cabeza carismática, etcétera— que llevan al fracaso al partido.

Todavía los cambios institucionales están siempre conectados a períodos históricos, especialmente graves, esto es, a períodos en los que estos cambios se exigen a la Nación más por hechos circunstanciales que por la presencia de una determinada facción política. Y si la República no viene proclamada en virtud del partido republicano, entonces una eventual restauración podrá prescindir, sin más, de la consistencia del movimiento monárquico.

DOMENICO DE NAPOLI

## R É S U M É

*Le mouvement monarchique italien naît dans le cadre de l'organisation politique qui a coïncidé avec le référendum institutionnel de juin 1946. L'Union Monarchique Italienne —seule association reconnue par Humbert de*

*Savoie—, est constituée en 1945 dans le but de réunir tous ceux qui, bien que professant des idéologies diverses, sont unis par une vision institutionnelle commune.*

*Immédiatement après le référendum naît le Parti National Monarchique qui réussit, grâce au succès des élections politiques de 1953, à se convertir en la force la plus cohérente des tendances de la droite.*

*L'année suivante se produisit la première scission importante: le député Lauro, maire de Naples, abandonna le P. N. M. pour fonder le Parti Monarchique Populaire. Ceci a suscité la lente mais inexorable désagrégation du mouvement monarchique italien, qui s'est finalement uni en 1972 au Mouvement Social Italien. Actuellement l'Union Monarchique Italienne continue son activité et compte avec l'adhésion de parlementaires des différents partis politiques, tous unis par la fidélité commune au principe monarchique.*

#### S U M M A R Y

*The appearance in Italy of a monarchical movement, coinciding with the establishment of the Republic in 1946, is still fairly recent history. In 1945 the Italian Monarchical Union —the only one acknowledged by Humbert of Savoy— was created in order to get together all those who, in spite of professing different ideologies, had the same common institutional view.*

*Immediately after the referendum, the National Monarchical Party was founded and became, after the success of the political elections of 1953, the biggest force of the Right.*

*A year after, the first important schism was produced when Lauro, member of Parliament and Naples mayor, left the P. N. M. (National Monarchical Party) to found the Monarchical Popular Party. This was the cause of the slow but inexorable disintegration of the Italian monarchical movement which finally joined in 1972 the Italian Social Movement. To-day the activity of the Italian Monarchical Union goes on, and can count with the adhesion of members of parliament from different political parties, united by the common faithfulness with the monarchical concept.*

